





les, la soberanía nacional y el sufragio popular y donde quiera se hallen la soberanía nacional, los derechos individuales y el sufragio popular, allí he de hallarme yo enteramente con el auxilio de mi palabra y con la eficacia de mi voto.

Creo no morderme la lengua para decir todo cuanto me da a ese gobierno. Y, ya en vena de claridad, voy a decir también lo que del gobierno me aparta y separa. Pues me aparta y separa, que el gobierno es monárquico y yo soy republicano: fresca noticia, por la cual debe dársele un premio a quien la trae siempre en labios porque la guarda en sus mientes siempre. Voy a decir cosas que han de asombraros, y cosas nunca por mí dichas. Estadme atentos. Cuando yo presidía un gobierno y una Cámara, jamás suscitó con los diputados monárquicos discusiones dogmáticas acerca de la monarquía y de la República, yo, tan amigo de la discusión. ¿Por qué? Porque me importaba mucho preservar de discusiones a la República. Señores, no tiene sentido político quien se queja de la propaganda republicana, y luego viene todos los días aquí atacando la República, pues con sus ataques provoca esa misma propaganda. Las ideas se definen por la contradicción, y no conozco medio tan seguro de divulgar las ideas como contradecirlas. Quitados de la cabeza el creer que por estar todos los días recordando las desgracias ingratas a todo gobierno nuevo, podéis desacreditar la República. Como no se desacreditó el régimen liberal por la vergüenza del 23 y volvió el año 36; como no se desacreditó el régimen militar en Italia por los desastres del año 48, y volvió el año 58; como no se ha desacreditado el régimen revolucionario en Hungría y ha vuelto; como sus dos caídas, la del 18 de Brumario y la del 2 de Diciembre, sus dos terribles jornadas, la de Junio y la de Mayo, en las calles de París, no han desacreditado la República en Francia, definitivamente arraigada en aquel suelo realista. Como los incendios de Valladolid el año 56 y el atropello de las Cortes Constituyentes, no impidieron que volviesen el año 68 la Constituyente enterrada, y surgiera el dogma de la Soberanía Nacional escarnecido, nuestras faltas y nuestros errores no detendrán un momento, si ha de venir, que venga la República, porque nosotros pasamos y la República es inmaculada, porque nosotros erramos y la República es infalible; porque nosotros morimos y la República es inmortal; y no digo con vuestros escasos medios de defensa, con el hierro y el fuego de los primeros tiranos, podríamos desarraigas esa grande aspiración de las generaciones modernas a la forma de gobierno que más ha elevado al género humano en la historia, y que desde las tablas de vuestra ley moral hasta las formas de vuestro arte eterno, y desde las ideas de vuestra filosofía hasta las chispas de vuestro telégrafo, os ha dado todas las fuerzas, por las cuales hemos salido de nuestra inferior anomalía, y todos los títulos por los cuales ejercemos la soberanía y guardamos la dignidad sobre nuestro misero planeta, y compendiamos en nuestras estrechas frentes todas las maravillas del cielo. Permitted, señores, tal desahogo a mi espíritu eternamente republicano, y tornemos al tono familiar, usado antes, y del cual no quisiera en conciencia y en Dios haber salido. Pero me daña mucho que, no tratándose de Monarquía, ni de República, pues el mismo Sr. Salmerón, en su maravilloso discurso, no había dicho de todo esto una palabra, se mantenga un litigio continuo aquí entre la Monarquía y la República, como si las formas de gobierno estuvieran puestas a discusión, y no establecidas en las leyes, y no guardadas por los respetos y obediencias que todos a las leyes debemos, y más que todos aún, nosotros, los legisladores. Ni los ultramontanos, tan inexpertos en política, suelen hacer lo que hacen ahora los monárquicos. En su convencimiento de que la libertad religiosa está ya por completo asegurada, no dicen que a un español se le vea, por pertenecer a la filosofía racionalista y al libre pensamiento, el acceso al poder. Pues no comprendo cómo hasta en la extrema izquierda puede decirse hoy que los republicanos de España no podemos dar nuestro apoyo cuando queramos a los gobiernos monárquicos, y que los gobiernos monárquicos pueden rechazarlo como si pudiera rechazarse un afecto, que sólo pide sin discrepancias su continuación en ese gobierno.

Señores diputados, pues si esto es verdad, ¿por qué, cuando no se trata ni de República, ni de monarquía, hemos de dividirnos en estos distinguidos dogmáticos, y por qué vosotros, los conservadores, queréis echarnos de la ley, y por qué mi amigo, mi querido amigo el Sr. López Domínguez, reconvenía al señor presidente del Consejo de ministros, porque nos daba las gracias en razón de nuestra benevolencia? Pues a nadie le amarga un dulce.

La benevolencia no se la ha concedido yo jamás a S. S. por S. S., y se la concedí muy grande; no se la concedió al Sr. Sagasta por el Sr. Sagasta; se la concedió por mí, por mi partido, por mis principios, por el principio de mi doctrina. ¿Pues no faltaba más sino que teniendo yo cuatro apellidos renegados de los que tienen tres en mi familia. Yo me llamo Castelar, Ripoll, Bañón y Torregrosa; tengo parientes que tienen tres de esos apellidos; y ¿he de renegar de ellos porque no tengan el cuarto? Yo soy liberal, democrata, progresista y me falta uno; pero no puedo renegar con vosotros por el cuarto apellido. ¡No me deis las gracias! Pero mi general, mi general... (Risas) Si, señores diputados, porque yo le nombré capitán general de Burgos, y le nombré jefe del ejército en Cartagena, y sirvió a la República y le di las gracias y se las doy ahora porque la sirvió con inteligencia, lealtad y heroísmo, y es un teniente general de la República. (El Sr. López Domínguez pide la palabra. Ruidos.)

Señores: Después de esto con tanto motivo, cuanto que contradice la política que ha seguido la Restauración desde sus comienzos. Unos y otros, todos los partidos, hanse ufano con excesiva ufania, de ganar al partido republicano individuos más o menos valiosos y condonados de mejor ó peor grado a la monarquía. ¿Qué diferencia entre tal conducta seguida sin ninguna interrupción por todos los restauradores y la conducta seguida sistemáticamente con los hombres que habían votado contra la monarquía desde Noviembre de 1854 hasta Septiembre de 1868?

Mientras ahora el haber pertenecido a las facciones republicanas casi resulta un título de preferencia en el ingreso a las facciones monárquicas, entonces teníanse por un título de proscripción. En vano Rivero, con magna elocuencia, dijo que al discutir y votar la soberanía nacional sobre una cuestión dada, ellos digaran su pensamiento y pronunciaron su voto, pero desde que la soberanía nacional pronunciara su fallo, sometíanse todos no por fuerza, hasta con cierta satisfacción interior muy de su grado. No valían declaraciones tan sensatas. En cuanto cualquiera de los votantes se acercaba por el camino más respetuoso al templo de la monarquía, echábanse indignados los monárquicos. Aún recordo cómo denostaron a un orador demócrata de aquella minoría, tan solo porque pretendió representar en América un régimen liberal, a cuyo advenimiento contribuyera con todas sus fuerzas. Yo, señores, lo digo sin empacho, aunque nada se halle tan lejos de mi ánimo como aprovecharme de tal preferencia, prefiero el método actual, con mucho, al método antiguo. Si haber lleva-

do la marca del republicanismo no puede obstar a la opción de todos los cargos públicos en una monarquía, inclusive los de gracia monárquica, menos obstará, mucho menos, la obtención de aquello que nos toca en toda justicia: el reconocimiento de los derechos escritos en todas las leyes para todos los ciudadanos. Pero creed a un hombre sincero, esa especie de amnistía y olvido, no puede bastar a todos, no puede bastar de ninguna manera. O si fuerais cuanto queráis de vuestras conquistas; pero permitidme decirlos que, conociendo yo, como conozco la naturaleza humana, y contemplando, como contemplo, cuánto aína a todos el poder y cuánto a todos repugna la peregrinación por el desierto, extrañame y mucho que no hayáis obtenido mayor número de adherentes. Yo a nadie, señores, he retenido, a nadie. Yo puedo convidar al poder, y he convidado; no gusto de convidar a la oposición, y así nos encuentra os jantos los que sabemos cuán largo debía ser el destierro, y cuán distantes nos hallamos de la meta. Pero, señores, notad: a los diez años de Restauración borbónica en Francia y a los diez años de Restauración estuarta en Inglaterra, no había partido republicano ni en una ni en otra nación.

A los doce años de Restauración, que ha empleado contra nosotros el mayor rigor posible, pues siempre han predominado los principios que nos proscribían, hay republicanos en España. Ufanosos cuanto queráis de vuestros neofitos y de sus conversiones; ufanosos, pero notad: no habéis podido llevaros un solo republicano histórico. Tenéis con vosotros casi todos los que, diciéndose demócratas, votaron la monarquía en el Congreso Constituyente; pero de republicanos históricos, de los que votaron entonces la República, no tenéis ni uno solo.

Al revés, hay más elementos de aboengo monárquico en la República, que elementos de aboengo republicano en la monarquía. Y si no, puede decirlo todo el partido progresista, que aún está de nuestro lado y no del vuestro. Soy franco, soy muy franco. Y por lo mismo que soy franco, debo decir: yo noto que cuando se ensaya el régimen de represión crecen las esperanzas republicanas, y cuando se ensaya el régimen de libertad disminuyen las esperanzas republicanas. Mi abnegación es abnegación sin ejemplo, porque al predicar un régimen de paz y democracia dentro de la monarquía, os predico sinceramente contra todos mis intereses. Y el instituto de la intransigencia, infalible, como todos los institutos, no se engaña cuando emplea todos los medios pesimistas imaginables para conseguir por una serie de motivos una política de represión, como la política de Narvaiz o González Brabo en los últimos meses de la vieja monarquía, cuya política eche sobre la intransigencia todos los elementos liberales del país.

Pues ¿queréis menguarnos aún más? ¿Queréis disminuir de suerte los partidos republicanos en España que tan solo quedemos aquellos de nosotros a los cuales liga con las instituciones republicanas una convicción superior a todas las experiencias y una historia que deseamos ver grabada en las losas de nuestro sepulcro? Pues haced una cosa muy sencilla: que venga el poder público como una designación de abajo; pero que venga moral y materialmente, y no como una gracia de arriba; que venga de los comicios, no de los palacios, y entonces podréis llevar hasta republicanos confesos y dogmáticos al poder sin mengua de su honra y sin detrimento de la monarquía. ¿Tiene algún republicano con vosotros más deberes que tenía con vosotros más deberes que tenían Depretis o Caillois con Garibaldi? ¿Tiene algún republicano con la República universal más deberes que los contrados por Dilke y Bright en sus discursos? Pues Andrassy ha podido ser primer ministro del Emperador Francisco José, porque reina éste mediante un pacto con Hungría, su patria; y ha podido Depretis y Caillois ser ministros de Victor Manuel y de Humberto I, porque ambos reinan en virtud del sufragio universal que les ha entregado, y entregado con razón Italia, una y libre; han sido ministros más dos ilustres amigos Dilke y Bright, de la reina Victoria, porque la reina Victoria con su dinastía significa la voluntad inmanente de Inglaterra; y además porque ni en Hungría ni en Italia, ni en Inglaterra nombran los reyes a los ministros, los nombra la Representación Nacional. Señores, en el estado a que ha venido Europa no hay más remedio para salvar las Repúblicas que seguir una política conservadora, y para salvar las Monarquías que seguir una política democrática.

La República francesa no se hubiera salvado sino hubiera tenido presidentes de significación monárquica como Thiers y Mac-Mahon; la monarquía italiana no se hubiera salvado si no hubiera tenido ministros de significación republicana como Crispien y como Cairoli. Creed el consejo de quien tiene la mirada interior fija en su conciencia y la conciencia puesta en sus labios.

Señores: al pedir que la voluntad nacional se cumpla, nunca se me ocurrió creer que la voluntad pública debía encontrarse por completo en consonancia con mi voluntad individual. Acostumbrado muy de antiguo a la oposición, héme consternado con ella de tal modo que las corrientes del poder han regado muy poco mi campo. Cuando yo defendía la libertad religiosa defendí con el derecho de profesar públicamente mis creencias el derecho de profesar los demás las creencias contrarias. Por eso me ha sobremanera maravillado que compañeros tan conocedores de mis doctrinas y de mi historia como los Sres. Becerra y Romero hayan creído la falsa noticia divulgada intencionadamente y que me atribuya sin motivo alguno el dicho de que traería el sufragio universal la República.

Yo no he dicho eso en ninguna parte por una razón muy sencilla, porque no he pensado eso en ningún tiempo. Yo, que adoro la República, no he creído nunca la República popular en mi patria. Cuando adulaban tantos al pueblo soberano y buscaban el favor popular, yo creo haber dicho la verdad. Recuerdo ahora una discusión, más o menos olvidada en nuestros tiempos republicanos. Desde la tribuna o el sitio que ahora ocupó yo, un militar, en quien se tuvo algunos días mucha confianza, porque los unos le imaginaban Cromwell, y los otros Murk, dijo: el cuarto estado tiene para defender la República su derecho y su fuerza. "Su fuerza", le dije yo: ¿Crees S. S. que la fuerza de lo que llama cuarto estado se halla por completo al servicio de la República? Vuelva los ojos al Norte y Cataluña y ved a las masas peleando. ¿Cuándo pondremos los republicanos cien mil hombres sobre las armas como los levanta todavía la monarquía absoluta? ¡Oh! La idea nueva es como el sol nascente, dora primero los altos de las más eminentes montañas, tardando mucho en descender, si descendiendo, a los valles hondísimos. Si yo defendía la libertad de imprenta, no recordaba que pudiese traer muchos diarios monárquicos; si yo defendía la libertad de reunión popular no ignoraba que debían llamarme la envidia y el despecho traidor a la República; si yo defendía el derecho de asociación jamás se me ocultaba que mientras cierto estado mental durara pulularían los jesuitas redomados sobre los zócalos de inocentes masones; yo peleé, como los antiguos poloneses, por mi libertad y por la libertad de los demás. No se oculta, pues, que, al pedir el sufragio universal, pido el ejercicio de

fuerzas muy contrarias a las mías; pero lo pido por un sentimiento del derecho, al cual sin grandes alardes he prestado culto religioso toda mi vida. Yo puedo creer que cierto medio ambiente difícil muy a la larga la existencia de organismos en contraposición abierta con él; pero en esa operación geológica entran muchos siglos, y no me arriesgaría a más a decir una profecía fácilmente desmentida por el tiempo, como que mañana el sufragio universal iba en su nacimiento a darme a mí el poder.

La increíble afirmación atribuida por una malicia grande a mí es muy extraña; pero es más extraña todavía la idea de aquellos que, creyendo a todo el pueblo en general partidario de las instituciones monárquicas, recelan del sufragio universal y se oponen a su establecimiento y a su consolidación. Yo no pido el sufragio universal para que me dé a mí o a mi partido el gobierno mañana. Yo no me conceptuaria digno de defender el sufragio universal si lo defendiera por tan mezquino interés; yo lo defiendo porque nuestra sociedad política es una sociedad fanática en la universalidad del derecho; yo lo defiendo porque cuando al pueblo español se le ha pedido sus recursos para la guerra de la Independencia y ha dado todas sus fuerzas y hasta el último de sus hijos, cuando se le ha pedido para defender la libertad su sangre, y ha amasado con ella el trono de los reyes constitucionales, cuando se le ha pedido sus bienes y su oro para esa guerra horrible de América donde tenía en contra de sí el vomito disuelto en el agua y el cólera disuelto en el aire, y ha combatido, no sólo contra los filibusteros, sino contra la ponzoña de los elementos, y ha salvado la patria; a un pueblo que ha hecho tantos sacrificios y ha tenido tanta competencia en la guerra, no se le puede negar jamás por sus estadísticas la competencia y la jurisdicción en los grandes litigios de la patria.

Pero, señores, ¿bais por qué quiero ante todo y sobre todo el sufragio universal? Pues lo quiero contra las revoluciones.

Voy a concluir, porque esta parte de las revoluciones va a ser la última de mi discurso; estadme un poco atentos, que ya no os fatigaré largo rato.

Revolución, revolución. No puedo menos de pararme ahora en este tema, porque ha sido el tema de los últimos doce años; yo lo he discutido doce años enteros, y lo sigo discutiendo todavía. Señores, no se puede negar que la revolución tiene un grande prestigio; no se puede negar que al siglo se le ha llamado con razón el siglo de la revolución. Su gran premio es la revolución francesa; luego la española de 1808; luego la de Grecia, eco de la española, como la de Italia; luego la revolución de Julio de 1830, que nos dió a nosotros el régimen constitucional; luego la de Febrero de 1848, que plantó la unidad alemana, y de la cual es discípulo el Cancellor de hierro; luego la gran revolución española de 1868, que en un día acabó con los gústos y los gibelinos, con el imperio francés y con el poder temporal de los papas. Es verdad, señores, ha sido revolucionario todo el mundo; ¿por qué lo hemos de negar? Hemos asistido a las revoluciones materiales todo el mundo: Tiers, Grey, Gambetta, Sagasta, Cánovas, Salmerón, Figueras, Pi y Margall, yo, todo el mundo hemos sido revolucionarios.

Pero señores, ¿por qué se han hecho guerras, ¿por qué se ha unido un principio humano y progresivo el principio de la guerra? Es un principio bárbaro, antihumano, y la prueba está en que la guerra eterna sólo existe allí en la animalidad inferior, en el seno de las especies inferiores; y a medida que la sociedad progresa, se sustituye el sentido guerrero por el jurídico. ¿Cómo invocar aquí, en pleno siglo XIX, el privilegio general, el Fuero de la unión, la Carta magna, dictada entre el po y y entre el odio del feudalismo? ¡Ah! El principio antiguo de la intervención de las clases en el gobierno parlamentario muy contingente y relativo que tenía Inglaterra en los siglos medios, ese principio que consignaba la fuerza, es un principio feudal que no pueden admitir las democracias modernas. (Pausa. Dirigiéndose al Sr. Cánovas del Castillo que conversaba con un señor secretario.)

Si el Sr. Cánovas quiere hablar esta misma tarde, yo como yo en seguida.

El Sr. CÁNOVAS DEL CASTILLO: Nada de eso; continúa V. S.

El Sr. CASTELAR: Por mí, lo que la Cámara quiera.

El Sr. PRESIDENTE: Si el Sr. Castelar desea hacer lo que agrade a la Cámara, de seguro que lo que a la Cámara agrade es oír siempre a S. S.: y nada tengo que decir del Presidente.

El Sr. CASTELAR: Yo estoy fatigadísimo; pero consumo la tarde.

El Sr. PRESIDENTE: ¿Podría convenir a su señoría algún descanso?

El Sr. CASTELAR: Gracias, Sr. Presidente; no quiero descansar, voy a concluir.

Señores diputados: Estaba yo diciendo, que así como el principio de guerra es un principio inhumano, el principio de la revolución es un principio inhumano también, porque todos aquellos principios en que la fuerza predomina sobre el derecho, son igualmente contrarios a la humanidad. Pues qué, ¿la guerra no es hoy mismo admitida? y sin embargo de estar hoy la guerra admitida, ¿se admite la guerra como se admitía en la Edad Media? ¿Hay ahora luchas de pueblo a pueblo, de calle a calle, de región a región, de provincia a provincia? No; las provincias que lucharon entre sí forman una nación; los pueblos que lucharon entre sí, forman una provincia; las familias que lucharon entre sí, forman un municipio; todo forma una nación en la patria. No hay manera de negarse en absoluto a la guerra, como no la hay de negarse en absoluto al principio de la defensa, como no la hay de negarse al principio de la revolución: pero yo digo que siempre, siempre, siempre debe preferirse el derecho a la fuerza, la legalidad a la revolución. Y esto debe hacerse mucho más en el seno de las democracias contemporáneas. Porque yo os pregunto, señores: si no hemos educado a la democracia para la paz, para la legalidad, para la libertad y para el derecho, ¿para qué la hemos educado? Es indudable que las especies carnívoras, como el feudalismo, tienen unos órganos, es indudable que las especies que han de volar por el éter y por la luz, tienen otros órganos, y aun entre esas especies que vuelan, el ruiseñor, que se acerca a las esferas divinas del arte, es débil, mientras que el buitre carnívoro que devora el pobre rebaño, es muy fuerte: por eso las águilas y los leones representan a los reyes, y los pueblos están representados siempre por los instrumentos del trabajo.

Si establecemos una sociedad para el trabajo, establecemos una sociedad para el progreso; no establecemos una sociedad para la guerra.

Y así como se han aminorado las guerras, debo decirlo, lo digo, en toda Europa han pasado los tiempos de revoluciones. Y notad, la Naturaleza destruye todo lo que huelga. ¿Dónde están los antiguos revolucionarios? ¿Quién queda de los antiguos revolucionarios? Apenas algún que otro; porque señores, si creéis que esta lucha entre los elementos revolucionarios y los elementos legales de la democracia española es una lucha de hoy, os equivocáis por completo. Es una lucha eterna; hemos asistido todos a ella. Cuando yo era joven, la

democracia legal estaba representada por el señor Rivero y hasta por el Sr. Becerra, aunque el señor Becerra y el Sr. Rivero habían tomado más o menos activa parte en todas nuestras revoluciones; y el principio revolucionario estaba representado por un hombre de mucho genio, de muchísimo genio, con el cual, a pesar de su genio y de sus servicios, no transigimos nosotros nunca. Yo fui su amigo hasta un día en que formuló el principio sistemático de la revolución y del terror en todas partes. Yo he visto pocos hombres que reunieran a la dulcedad de la complexión, al sentimiento en el alma, al idealismo en la mente una naturaleza más vigorosa de héroe y de batallador. El combato en 1856, aunque nosotros decíamos que no era hora de combate, y aunque aquello había costado grandes luchas y hasta desafíos personales, nosotros éramos entonces tan fuertes, tan vigorosos, que todos a una, el Sr. Becerra, el Sr. Rivero, el Sr. Martos y yo, en la medida de mis fuerzas, nos oponíamos a Sixto Cámara, combatíamos a Sixto Cámara, y él peleaba en Málaga, nos hacía los movimientos de Andujar, tornaba un día de Julio y aspiraba al mártir asfixiado por un fanatismo doloroso y contrario a nosotros; pero que lo llevaba a pelear con los suyos y por los suyos en todos los combates.

¡Ah, señores! Y lo que nosotros no consentíamos entonces a nuestros amigos, a nuestros correligionarios y a nuestros hermanos, ¿queréis que ahora no lo disputemos con aquellos que no han sido, que no fueron nunca nuestros amigos, nuestros hermanos, ni nuestros correligionarios? ¡Ah! Nos dañó entonces el motín de Loja, por ejemplo, como ahora los últimos movimientos, porque, después de todo, cuando se sale diciendo: si queréis sangre, sangre tendremos, como aquellos antiguos héroes de ciertas comedias, no veo que siga herido nunca más que el partido democrático, que la libertad. Porque, señores, hablémoslo claro: Badajoz nos costó un retroceso y el 19 de Setiembre no nos ha costado un estancamiento, porque... Dios está en el cielo y la libertad en la tierra.

Señores, para la atmósfera revolucionaria no hay ya respiraderos. El mundo ha cambiado completamente. Esta tierra que era un sol ardiente, se ha convertido en un sol apagado, y merced a que ese sol es ya extinto, podemos habitarlo; habitamos en un fragmento del sol, porque se ha apagado; pero no pueden habitar las democracias en el fuego, en el incendio perpetuo.

Si, como se concluyó el feudalismo al inventarse la imprenta; como se concluyó el feudalismo al inventarse la pólvora; como se concluyó el feudalismo al surgir las estatuas griegas, completando la naturaleza del hombre; como se concluyó el feudalismo al traer la nueva América del seno de los mares al seno del planeta, después de tantas revoluciones, después de tantos combates, lo que ha muerto en el derecho, es la libertad, en el Parlamento y en la democracia; lo que ha muerto es el antiguo principio de la revolución. No están ya, no, Londres y París llenos de aquellos revolucionarios que iban de Hungría, de Italia, de Grecia y de los pueblos del Danubio a predicar la revolución universal y a sostener esa misma revolución como un elemento cosmopolita; ya no hay más que los pobres polacos muy resignados y algún que otro nihilista ruso: esos son todos los revolucionarios de Europa. Porque fanáticamente, si queréis que cuente por revolucionarios a todos los que depusieron reyes, entonces el revolucionario principal, es el Czar de todas las Rusias que envía un cuerpo de guardia a que depongan al príncipe Alejandro de Battemberg; y francamente, no llega hasta aquí el poder de la Rusia. La verdad es que hay períodos revolucionarios y períodos no revolucionarios, y debemos salir y es necesario que salgamos todos, todos, todos, del período revolucionario.

¿Qué pueblo creéis hoy el menos revolucionario de toda Europa? ¿No os parece que el pueblo menos revolucionario de toda Europa hoy, aparte Irlanda, es Inglaterra y Escocia? ¿Creéis posible una revolución en Inglaterra y en Escocia? Pues, sin embargo, acordaros, señores, lo que han sido esos pueblos; traedlo a la mente y vereis cómo la fiebre se había poderado de todo el mundo; aquellos hombres de tanto seso habíanse todos a una embriagado en el mosto de las nuevas ideas; aquella tierra de tanta resistencia, como las tierras ecuatoriales, oscilaba a los impulsos de los terremotos; sus nobles, hoy tan conciliadores, resistían hasta la demencia, y sus tribunales hoy tan pausados innovaban hasta la temeridad; la utopía del poder absoluto prendía en la cima de los tronos, y la utopía de la igualdad niveladora se arrastraba en los abismos donde yace la inteligencia del pueblo; esgrimían con rabia el pulso de los asesinos en el pecho de los ministros, y el hacha de los verdugos en la garganta de los reyes; disponían los consejos militares de la suerte de los diputados, y volcaban los fusiles pretorianos en aquella tierra parlamentaria, la augusta majestad de la tribuna; las sectas religiosas unían a estos horrores, los horrores del fanatismo; corría a torrentes la sangre de los caballeros, de los puritanos, de los cabezas redondas, de los utopistas; a una revolución sin medida sucedía una dictadura sin capacidad ni freno, y a una dictadura sin capacidad ni freno sucedía una restauración sin escrúpulos, porque Inglaterra era como nave encallada en la arena y batida por las olas, sin tener el movimiento, ni de la inerxia las ventajas, y si las dificultades, dificultades que supo conjurar, cuando echó al agua un peso inútil, el de sus viejas supersticiones, y recogió en sus velas una brisa favorable, la brisa de su santa libertad. (Muy bien.)

Pues bien, señores diputados; para que salgamos del período revolucionario, vosotros los que tenéis la responsabilidad del poder, tenéis que seguir la conducta por mí antes señalada. Pero nosotros, los responsables ante la opinión, ¿qué debemos hacer? ¡Ah! no miremos a nuestros partidos; no miremos a sus jefes; no miremos a las tradiciones antiguas; no oigamos, no, el conjunto de las muchedumbres pobres muchedumbres! alteradas siempre por el viento de la pasión, y desconocedoras casi siempre de dónde están sus intereses, y dónde están sus derechos; pero luego ellas desaparecen, ellas se hunden en el anonimato que las cubre; y nosotros, aunque las hayamos contrariado, si no las hemos contrariado con fuerza, si no nos contrariamos con energía, quedamos en el escollo responsables de sus males, y no pide cuenta la historia y nos piden responsabilidad las mismas muchedumbres, que no han seguido nuestras advertencias ni nuestros consejos.

¡Ah, señores! yo no puedo con lo que aquí sucede; yo declaro que lo que aquí sucede me llena de angustia, me pesa sobre el alma. Le pregunto a uno, ¿qué va a suceder en España? Señores, ¿quién sabe lo que va a suceder en España? ¿Qué importa la tribuna, que importa la prensa, que importa el Parlamento, que importa el Senado, que importa el gobierno, si el día menos pensado nos sucede que un cuartel nos vuelva todas sus ambiciones en la calle, nos perturba con sus soldados, y en vez de ser un pueblo de ciudadanos libres, somos como las antiguas ciudades de Tarquinia, un pueblo de gineceiros?

Porque, señores, para que hubiera revolución el año 68, para que hubiese aquella gran revolución, ¿qué se necesitó? Pues primero, se necesitó el tratamiento de todos los partidos. Y notad lo que su-







